

Editorial

En aquel Imperio, el Arte de la Cartografía logró tal Perfección que el mapa de una sola Provincia ocupaba toda una Ciudad, y el mapa del Imperio, toda una Provincia. Con el tiempo, estos Mapas Desmesurados no satisficieron y los Colegios de Cartógrafos levantaron un Mapa del Imperio, que tenía el tamaño del Imperio y coincidía puntualmente con él.

Menos Adictas al Estudio de la Cartografía, las Generaciones Sigüientes entendieron que ese dilatado Mapa era Inútil y no sin Impiedad lo entregaron a las Inclemencias del Sol y los Inviernos. En los desiertos del Oeste perduran despedazadas Ruinas del Mapa, habitadas por Animales y por Mendigos; en todo el País no hay otra reliquia de las Disciplinas Geográficas.

Suárez Miranda, Viajes de Varones Prudentes, Libro Cuarto, Cap. XLV, Lérida, 1658.

Jorge Luis Borges

Jorge Luis Borges publicó por primera vez en marzo de 1946 el cuento titulado *Del Rigor de la Ciencia*. En este breve relato cuenta la crónica de una Escuela de Cartógrafos, que cada vez más obsesionada por la exactitud del mapa que levantaba, tuvo la necesidad de hacer un mapa del Imperio tan preciso y exacto que sólo podía ser del tamaño de la tierra conocida. Lo que la desdichada Escuela Cartográfica no pudo prever fue que la minuciosidad del mapa iba a ser su ruina, pues en vez de exaltar la valiosa precisión de su extenuante labor, sería sencillamente un trabajo vano, en tanto la cartografía perdía todo su valor referencial.

Esta misma idea puede ser aplicada, sin lugar a dudas, a la disciplina histórica, pues hacer una reconstrucción histórica tan precisa y exacta, por más fuentes que se consulten y por más rigurosidad metodológica que se emplee, necesitaría la vida misma de lo que se quiere contar para ser contado, si se nos permite la redundancia. Por ello, la historia, como en el caso de la cartografía es una convención. No más, basta pensar que para narrar un día, por ejemplo el día de ayer, con todas las fuentes y con todos sus acontecimientos tendríamos que narrar tantos días cuántas personas existen. Además, si quisiéramos narrarlo con la misma precisión temporal tendría que ser un día por cada persona que lo vivió, por lo que no bastaría una vida para historizar un solo día.

Siguiendo este orden de ideas, tras el duro golpe disciplinar, quedamos con nuestros cardinales confundidos, aunque teniendo el norte en la capacidad referen-

cial y representativa de la cuestión histórica. Será, por ello, el lenguaje el que le imprima esta riquísima y profunda orientación a la disciplina histórica. Este poderoso sello de las letras fungirá como la herramienta por medio de la cual se busca resolver la necesidad de historizar. Plantear, desde el lenguaje, una reconstrucción del pasado, lleva, sin lugar a dudas a preguntarse por los límites tanto de la historia como de las letras.

Como diría Marc Bloch, la historia es una ciencia, pero una ciencia que tiene un carácter poético también al no poder reducirse a estrictos cánones. De igual forma, la manera en que escribimos la historia es fundamental en su recepción por parte del público. Actualmente, se debate el lenguaje barroco en los textos históricos y se pregunta, ¿para quién son esos textos históricos? Así, la literatura puede desempeñar un papel fundamental en una posible democratización de la historia.

Textos como *La casa grande*, de Cepeda Samudio, o *Cien años de soledad* de García Márquez tienen un contenido sobre la hecatombe de las bananeras de 1928, para poner un ejemplo. Sin embargo, ¿éstos retratan el fenómeno con un criterio histórico? Podría decirse hoy por hoy, que la historia oficial sobre la Masacre de las Bananeras se presenta en la obra del nobel colombiano. Aun así, en un entrevista García Márquez agrega que las cifras de los muertos, por ejemplo, fueron puestos así con motivos netamente literarios y alusivos al realismo mágico.

Sin embargo, ambas disciplinas tienen no sólo objetivos, metodologías sino también intereses distintos, aunque un lenguaje en común: ya sea oral o escrito. En ambos casos la cuestión narrativa será fundamental. La narrativa en la historia será fundamental para la disciplina, pues como no puede hacerse un relato que, como el mapa de la Escuela Cartográfica de Borges, ocupe la misma cantidad de tiempo y espacio que narra, es fundamental tramar una narrativa referencial, cargada de un valor representativo. Es en este sentido que se traza un derrotero de preguntas a través de las cuales se interroga sobre las similitudes y diferencias entre ambas disciplinas.

En este número 13, que nos complace presentar, más que una respuesta rotunda, global y contundente, la búsqueda por hacer un número temático sobre historia y literatura hace parte de la preocupación disciplinar que como historiadores nos aqueja. Gracias a esto, contamos en este número con un artículo, titulado *El proceso de implantación de la lengua castellana como la única en el Imperio español*, a través de la mirada de tres obispos de la segunda mitad del siglo XVIII en Nueva España, el cual se cómo en el siglo XVIII en Nuevo México la diversidad lingüística representó un peligro para el rey Carlos III y para el Estado español. Asimismo, contamos con dos reseñas, una sobre el libro *Rutas de incertidumbre*. Ideas alternativas sobre la génesis de la probabilidad, siglos XVI y XVII; la otra, sobre la obra *Censura, expurgo y control en la biblioteca colonial neogranadina*. Finalmente, nos complace contar en esta ocasión con una portada especial, cuyo título es *Ficción en el Territorio*, en el que se transpone la territorialidad como el escenario en el cual se halla a tensión entre

la implantación de un imperio y la tradición cultural, representada con la técnica de gofrado, del Popol-Vuh.

Sebastián Uribe Rodríguez
Editor

Julián David Galindo Zuluaga
Asistente Editorial